



La versión válida es siempre la pronunciada.

24.07.2017. ROMA (ITALIA)

INTERVENCIÓN DEL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN EN LA XII CONFERENCIA DE EMBAJADORES ITALIANOS

Hablar del futuro de Europa aquí en Roma, la ciudad hecha de tiempo, que lo ha visto pasar todo y a todos. Delante de una audiencia de curtidos profesionales como vosotros, que también habéis visto de todo. Es algo así como dar una charla sobre la receta perfecta de spaguetti a' matriciana a un grupo de chefs romanos. La tentación es refugiarse en los valores seguros, que llevamos repitiendo durante años: necesitamos más Europa, hay que responder a las inquietudes reales de los ciudadanos, el Brexit no nos va a distraer de esta tarea, hay que mantener la unidad de los 27, avanzar en la Unión Económica y Monetaria y la Europa de la Defensa, gestionar la globalización... Lo bueno de los tópicos es que son contrastados y ciertos. Los países serios suelen ser aburridos porque repiten siempre las mismas cosas. Con ese criterio, claro está, la Unión Europea es una de las entidades más serias del mundo. Pero yo hoy no me resigno a que esta charla sea una ocasión para poner en práctica el concepto filosófico español de "siesta". Creo que hay mucho en juego y que cuando pensamos nuestro futuro europeo se pone en marcha algo más que un conjunto de eslóganes.

Y empezaría diciendo que no hay futuro para Europa sin pasión. El sentimiento es nuestro punto de partida. Estamos hablando de futuro, de lo que queremos dejarles en herencia a nuestros hijos y nuestros nietos. Estamos hablando de lo que hemos recibido de nuestros padres, la Europa idea que ha sobrevivido, a veces milagrosamente, durante 3.000 años. Si no hay un vínculo emocional, si no hay pasión por ser y mantener lo que somos, no tiene utilidad hablar de futuro. Más allá de las cifras, del declive demográfico, del empequeñecimiento relativo de nuestro continente, la historia nos enseña que sobreviviremos, que seguiremos siendo importantes si no se empequeñecen nuestros corazones.

Al releer las páginas de Gibbons sobre la caída del imperio romano, esa primera encarnación de la idea de Europa, llama la atención que los factores importantes no son materiales, son sentimentales. No fueron unas pocas bandas de "bárbaros" cruzando el Rin helado o infiltrándose por los Balcanes los que destruyeron aquella Europa. Fue el propio Imperio y sus ciudadanos los que dejaron de creer en ellos mismos. Roma cae por un defecto de voluntad más que otra cosa, deja de creer en sí misma.

Hoy nos encontramos en una tesitura parecida. No tiene nada de extraordinario. Todas las generaciones se enfrentan a la tarea de proteger, renovar y transmitir su legado. Todas tienen que luchar por lo que es suyo. Los largos años de paz, de seguridad y de prosperidad que hemos vivido en nuestro continente no nos deben hacer olvidar esta verdad, dura pero útil.



Y por qué tenemos que luchar, qué es eso tan valioso que reclama nuestra pasión? En Roma, la Res Publica se apoyaba en el respeto al individuo y la familia, a su propiedad y a su ámbito de libertad protegido por el Derecho. La primacía de la ley, el equilibrio entre lo público y lo privado, el concepto del estado no como algo abstracto sino fundado por y para los ciudadanos.

Hoy los valores que todavía nos apasionan siguen siendo muy parecidos: una sociedad compuesta de individuos libres con derechos básicos inviolables, un gobierno de ciudadanos y para los ciudadanos, un Estado de Derecho garantizado por la separación de poderes donde no haya espacio para la arbitrariedad y la injusticia. Y en la misma constelación, hemos añadido nuevos ideales: la igualdad no solo formal sino real entre géneros, la protección a los más vulnerables, la seguridad que una sociedad solidaria quiere dar a todos sus miembros.

Tenemos mucho por lo que luchar, tenemos mucho que perder, y durante demasiado tiempo hemos tomado demasiadas cosas por supuestas.

El mensaje que nos llega de Estados Unidos, no solo ahora con el Presidente Trump sino ya antes: ya no sois niños, tenéis que haceros responsables de vuestro propio futuro. Los norteamericanos intervinieron en los Balcanes, les debemos los acuerdos de Dayton. Desde entonces Libia, Siria y Ucrania han demostrado los límites de su poder y de su voluntad. No podemos reprocharles nada, ha llegado el momento de que asumamos nuestra propia defensa. Si Europa es algo más que unas estadísticas, si es más que la primera potencia comercial del mundo y la primera economía mundial, si sus 500 millones de habitantes son algo más que consumidores en un mercado único, encontrará en estos próximos años la energía y la inteligencia para garantizar por sí misma su seguridad.

Seguridad es defensa, es tener una capacidad militar suficiente para proteger las fronteras y también para ser proyectada en el exterior. La historia nos demuestra que ningún país ni potencia han sobrevivido sin tener un cierto grado de influencia y control sobre su entorno. Nuestro vecindario es nuestra seguridad. No podemos seguir la estrategia de la avestruz con los conflictos abiertos delante de nuestras fronteras. No olvidaremos a Ucrania, es una quiebra del derecho internacional que debe ser reparada. La relación con Rusia no puede tampoco seguir en el limbo, la negligencia tiene más pronto o más tarde consecuencias. Con más razón podemos decir lo mismo de Siria, nuestra indecisión contribuyó al empeoramiento y prolongación del conflicto, sus consecuencias no solo las han sufrido las poblaciones de la región, la tragedia humana y la marea de refugiados provocaron una grave crisis en la Unión Europea. En Libia, aún más cerca de nuestras costas, tenemos una lección más del coste de la inacción y la impotencia. Ninguno de estos problemas va a ser solucionado de la noche a la mañana. Pero hay que dar el primer paso mental de que vamos a resolverlos, y dotarnos de los medios para ello.

La defensa sin política exterior es, como diríamos en España, comprar un bastón para dar palos de ciego. En la lista de nuestras asignaturas pendientes está comprender que no podemos permitirnos 27 políticas exteriores distintas, que tenemos que sacrificar parte del apego a nuestras peculiaridades e idiosincrasias si queremos tener un papel en el mundo complicado en el que estamos. Nadie es plenamente soberano hoy en día, ni EEUU, ni China ni Rusia ni mucho menos las naciones europeas aisladamente. Al revés, si queremos preservar al máximo nuestra soberanía tenemos que poner parte de ella en común, al servicio de la Unión que nos hace fuertes y autónomos. Vemos el ejemplo en el área del comercio o de la competencia: dónde actuamos unidos, se nos escucha y se nos respeta.

A estas alturas, me da miedo parecer un belicista. No estoy despreciando los instrumentos tradicionales de nuestra acción exterior, el soft power sigue siendo muy válido. Nuestra



solidaridad con los vecinos, nuestro espíritu abierto e inclusivo al entorno, siguen siendo las mejores palancas de las que disponemos. Por eso es tan importante mantener un horizonte de ampliación, cuando nos cerremos empezaremos a morir. Por eso las políticas de vecindad deben ser mantenidas y reforzadas. Nosotros los españoles aportamos junto con Italia, Francia, Grecia o Croacia, la perspectiva del Mediterráneo. Ese mar de la civilización no debe separarnos sino unirnos. Nuestro futuro depende del de Marruecos, Túnez, Argelia, Libia o Egipto, como en el pasado. La pesca, los vertidos, el comercio, las personas, la energía que lo recorren, solo pueden ser gestionados en común. Pero como europeos, estamos igualmente interesados en la vecindad Norte, para España es también su vecindad, las fronteras de los países bálticos son las nuestras. Por eso tenemos destacados en Estonia y Latvia nuestros aviones de combate y nuestros soldados. Everyman is a piece of the continent, como decía Donne.

También son nuestra responsabilidad las costas de Italia, la tragedia humana que se vive delante de ellas, el esfuerzo de solidaridad y responsabilidad que están desplegando los italianos ante este desafío al que solo podemos hacer frente juntos. La presión migratoria no es algo pasajero que va a desaparecer. África es otra parte importante de ese futuro de Europa, no lo olvidemos. Para bien y para mal. Hoy tiene 1.000 millones de habitantes, en 50 años tendrá 3.000 millones. La población de Níger como la de muchos otros países del Sahel se dobla en menos de 14 años. Si no nos movilizamos para ayudar a los países africanos a construir sociedades prósperas y estables, nos jugamos nuestra propia existencia. Por supuesto que tenemos que ser solidarios, entre nosotros y con los países de dónde vienen los flujos migratorios. Tenemos que mantener y mejorar nuestra política de asilo, seguir siendo un continente donde haya refugio para los perseguidos y amenazados. Tenemos que mantener y mejorar nuestras políticas de migración legal, porque viene en nuestra genética ser un continente abierto, y por propio interés dada nuestra transición demográfica. Pero al mismo tiempo hay que ser realista y eficaz, debemos recuperar el control migratorio o nuestros ciudadanos darán la espalda a este invento europeo que no parece protegerles en sus preocupaciones más acuciantes.

La solución no pasa por pelear entre nosotros y repartir culpa, pasa por una acción decidida y con los medios necesarios, tenaz porque tiene que mantenerse a largo plazo, global y omnicomprendensiva como son las causas del desafío al que nos enfrentamos. Proteger eficazmente nuestras fronteras, controlar el acceso a las mismas, llegar a acuerdos estables con los países de tránsito y origen, atacar en estos últimos las carencias sociales y económicas que provocan la migración incontrolada, estas son nuestras tareas y requerirán todos los recursos y determinación de nuestra Unión.

Ahora bien, de nada servirá proteger el árbol si la carcoma está dentro. Nuestro contrato social intenta garantizar unos mínimos de protección y asistencia a toda la población, tanto derechos laborales como asistencia sanitaria, prestaciones de desempleo y pensiones en la tercera edad. Es un modelo caro pero que no se creó por capricho. Nuestros padres comprendieron después de dos guerras mundiales que las raíces de la violencia se hundían en el terreno de la injusticia y la confrontación social. Hoy en día algunos lo consideran insostenible. La globalización, dicen, hace necesario desmontarlo.

Ni yo ni mi país estamos de acuerdo con este fatalismo. Por el contrario, creemos que la verdadera amenaza para la supervivencia de nuestras sociedades es el deterioro de nuestro estado social. El crecimiento de las desigualdades, el desmontaje de los mecanismos de protección y compensación sociales, el abandono a su suerte de capas enteras de la población, no nos hará ser más fuertes, simplemente dejaremos de ser nosotros mismos. La Unión Europea coloca con razón en uno de los primeros puestos de su agenda para el futuro el reforzamiento de su Pilar social y la gestión de las consecuencias de la globalización.



Repito: no va a ser nada fácil, pero es indispensable si no queremos dejar nuestro destino en manos de demagogos y populistas. La cuestión realmente vital para Europa no es otra que el afecto de sus propios ciudadanos. En los años gordos de alto crecimiento económico y mejora continua de las condiciones de vida, se podía soportar una Unión Europea tecnocrática y distante. Ahora hemos tenido unos cuantos años flacos. Todos hemos de hacer sacrificios y trabajar más duro. Con amplia justificación, nuestros ciudadanos no van a permitir ni en Bruselas ni en París o Roma, Atenas o Madrid, a unos dirigentes que se desentienden de sus problemas reales apelando a fórmulas econométricas y burocráticas. El crecimiento económico es nuestra condición necesaria pero no suficiente. Tenemos buenos modelos en Europa de como combinarlo con unas sociedades equitativas, hay que ponerlos en práctica escala europea.

No por ello nos vamos a cerrar ni a sucumbir a la ilusión de que podemos aislarnos del cambio. Por el contrario, en estos últimos meses y en los próximos años Europa demostrará que es la primera en creer en la innovación, la apertura comercial y el intercambio creativo con el resto del mundo. Tras cerrar un acuerdo muy ambicioso con Canadá, esperamos en los próximos dos años hacer lo mismo con Japón, Méjico, Singapur y Mercosur. Nuestra agenda digital quiere eliminar también en este dominio las fronteras europeas. Horizonte 2020 une a científicos e innovadores en redes transnacionales a lo largo y ancho del continente. Seguiremos sin miedo en la misma línea, pero compatibilizando la audacia de nuestras ideas con la prudencia en cuanto a sus consecuencias para nuestros ciudadanos y especialmente para los que están ahora menos preparados para hacer frente a la globalización.

Si queremos asegurar nuestro futuro económico, la tarea más urgente es fortalecer el euro. La Roma clásica comenzó su declinar con la inflación y la falta de confianza en su moneda. Yo no soy profeta para saber si hicimos bien en dotarnos de una moneda única, pero tampoco hay que serlo para adivinar las consecuencias si no la protegemos. Ya tuvimos un aviso muy serio en 2012. Sabemos lo que hay que hacer y España desde luego es partidaria de poner el fortalecimiento de las estructuras de la zona euro en el primer lugar de nuestra agenda. Somos conscientes de las sensibilidades de los unos y los otros, pero si no estamos dispuestos a avanzar unidos en esta área, mejor abandonar la idea de nuestra Unión monetaria, porque si no terminamos esta casa puede que corramos dentro de ella más peligro que a la intemperie. Ahora hemos conseguido, a base de sacrificios y de solidaridad, estabilizar la situación. Hemos de aprovechar este momento para seguir avanzando en la Unión bancaria y en la sincronización y coordinación de nuestras políticas presupuestarias y fiscales, con el horizonte de una verdadera unión económica.

Bueno, querría ir cerrando ya esta charla que empieza a durar más que el propio imperio romano, pero no puedo hacerlo sin hablar del brexit. Reino Unido ha sido parte de nuestro pasado y lo va a ser de nuestro futuro. Aquí también nos movemos en el terreno del sentimiento. No tiene sentido apelar al frío cálculo económico, basar las decisiones en las posibles pérdidas o ganancias. Reino Unido, los británicos, nunca han estado completamente a gusto en la Unión Europea. Han hecho una gran contribución aportando realismo y siendo protagonistas por ejemplo en la construcción del mercado interior, pero su corazón, por lo menos el corazón de muchos de ellos, nunca ha latido del todo al compás del proyecto europeo. Sería un error desde dentro o desde fuera intentar forzar una rectificación. Ellos llevan mucho tiempo deseando disfrutar de una especie de “sueño de los héroes”. Es sano para el Reino Unido y para la Unión Europea que ellos intenten vivir su sueño. Nosotros ni se lo vamos a impedir, ni les vamos a castigar por ello, al contrario. Es nuestro interés y es nuestro deseo mantener las mejores y más estrechas relaciones posibles con los que han sido y siguen siendo parte integrante de Europa. Nos jugamos otra parte de nuestro futuro en que la separación salga bien. Pero lo que tampoco vamos a hacer es desmontar la Unión Europea para facilitarla.



Nosotros, los que nos quedamos, los que apreciamos e incluso amamos este invento europeo, con todos sus defectos y contradicciones, no solo no vamos a consentir que se destruya sino que vamos a mejorarlo con determinación. Si se requiere más esfuerzo, más inteligencia, más recursos, los pondremos sobre la mesa. Tenemos una muy denostada política agrícola común que durante 50 años le ha dado a nuestros ciudadanos seguridad alimentaria, que de importadores netos nos ha convertido en uno de los mayores exportadores mundiales, ha mejorado la equidad entre las ciudades y el campo, mantenido nuestros paisajes y hecho más efectiva la protección del medio ambiente. Con todos estos defectos, es lógico que España, y creo que la mayoría de los Estados miembros, no tengan ninguna intención de desmantelarla.

Parecido razonamiento se puede hacer para la política de cohesión, que con un presupuesto modesto en términos europeos hace tangibles a las poblaciones y regiones de Europa la solidaridad de nuestro proyecto común. Esto no quiere decir que nos instalamos en la complacencia, seguiremos mejorando éstas y todas nuestras políticas pero no vamos a renunciar a lo que ha funcionado en base a cálculos cicateros que al final nos empobrecen a todos.

Una política robusta de seguridad y defensa, las acciones necesarias para hacer frente al desafío migratorio, el mantenimiento de nuestra competitividad industrial y científica, la lucha frente al envejecimiento de nuestras poblaciones, la transición a un modelo socioeconómico que sea medioambientalmente sostenible, todos estos objetivos costarán dinero. La prudencia fiscal es una gran virtud y yo la alabo. Hay que justificar cada euro del contribuyente y cuando es para Europa al parecer hay que justificarlo cinco veces más. Pero hay ahorros falsos.

A veces tenemos tendencia en nuestros países a pensar que las cosas de las que estamos orgullosos son producto exclusivo de nuestras virtudes. Todo porque los franceses, los alemanes, los italianos, los españoles o los austríacos, somos más listos o laboriosos o ahorradores o creativos que los demás. Seguro que todas esas virtudes nos adornan. Pero algo tendrá que ver la Unión Europea en el mantenimiento de nuestra prosperidad, nuestra paz y nuestro patrimonio natural e histórico. Como recientemente ha señalado Sigmar Gabriel, ya está bien de quejarse del dinero que nos cuesta la Unión Europea. Es mucho lo que estamos haciendo por un 1% del PIB europeo. Nos sale mi barata si pensamos en lo que vale realmente. Hay que recordar, para no caer en él, el verso de Antonio Machado, el necio confunde valor y precio.

Creo que no es osado afirmar que el proyecto europeo durante los últimos 50 años ha sido un gran éxito. Sí hoy hay malestar entre muchos ciudadanos es precisamente porque sobre sus logros pesan ahora graves amenazas. La crisis financiera, el trauma de la decisión del brexit, el desorden internacional que hemos vivido últimamente a nuestras puertas han servido sin embargo para operar un cambio de tendencia en la opinión pública europea. Nos hemos dado cuenta de pronto que la Unión Europea no es inmortal, que puede desaparecer cualquier día, y desde entonces yo creo que la criticamos menos y estamos dispuestos a luchar más por ella.

Nada permanece para siempre, pero la vieja Europa aún tiene aliento para rato. Si queremos que nuestro proyecto europeo dure, nos toca ser eficaces, virtuosos, tanto los gobernantes como los ciudadanos. Nuestra bandera está bordada de estrellas y acierta el viejo dicho latino, per aspera ad astra. O si lo preferís en ese otro idioma universal, el toscano:

Rinovellate di novella fronda, puro e disposto a salire le stelle

Estamos saliendo del Purgatorio, pero aspiramos a mucho más.